



DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO*

**“¡Dichosa tú que has creído!
Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”**

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del Comentario.

Lecturas: Miqueas 5,1-4ª; Hebreos 10,5-10; Lucas 1,39-45

Un riesgo de muchas celebraciones, incluida la de Navidad, consiste en que, pasado el día de la fiesta, ésta se diluye sin dejar huella en la vida de las personas y de las comunidades. El tiempo del Adviento nos ha venido descubriendo paulatinamente el sentido de lo que celebramos y la actitud con que hemos de disponernos para vivirlo.

El evangelio de Lucas nos viene acompañando durante estos domingos con las palabras de Juan el Bautista: “Preparen los caminos del Señor”, a las que nos invita a responder: “entonces, ¿qué hemos de hacer?” En este último tramo nos propone el encuentro con la joven María, que ha recibido en su interior la visita del ángel (mensajero) de Dios. Un mensaje turbador e inesperado, que suscitó en ella preguntas muy de fondo y sobre todo una gran fe: “hágase en mí, según tu palabra” (Lc,1,38). Fe, que significaba confianza total en el Dios que le habla y disponibilidad plena para entregarse a su palabra. Así se revela este Dios nuestro: sorprendió a Abrahán, ya anciano, prometiéndole una descendencia numerosa como las estrellas del cielo (Gen.15,5) y ahora a esta joven de Nazaret anunciándole una maternidad insospechada, imposible de haber imaginado: “El será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre” (Lc.1,32). La fe en Dios incluye siempre una cierta dosis de sorpresa, que pone en cuestión nuestros planes y proyectos; eso sí, siempre desbordándolos y mejorándolos, aunque no siempre resulten evidentes y claros en un primer momento. La fe en Dios no implica vivir sin planes ni proyectos; demanda simplemente apertura y disponibilidad para responder a nuevas posibilidades que la vida –Dios presente en los signos de los tiempos- nos ofrece. Tras un posible primer desconcierto, la acogida del llamado de Dios a lo inesperado nos abre a nuevas posibilidades de realización personal y de alegría. El saludo del ángel: “Alégrate, María”, así se lo anticipaba,

* Ciclo C

Lo realmente sorprendente de la reacción de María después del anuncio recibido y aceptado es que no se queda ensimismada, sino que “se levantó y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judea” para visitar a su pariente Isabel, de cuyo embarazo “en su vejez” había sido informada por el ángel. Y se quedó con ella “unos tres meses”, justo hasta que Isabel dio a luz a su hijo. La disponibilidad ante la palabra de Dios la empuja a atender con prontitud a su pariente, que se encuentra en una situación de necesidad concreta. Mujer sencilla y sensible, como tantas mujeres hoy, sabe descubrir, sin esperar a ser llamada, la necesidad de la otra mujer, y acude desinteresada y solidariamente en su ayuda. Diríamos que ha entendido y practicado por anticipado lo que años más tarde escuchará de su hijo adulto: “hacerse prójimo” de quien está en situación de desvalimiento y necesidad constituye el mandamiento principal de Dios. La respuesta entregada a Dios: “He aquí la esclava del Señor”, María la vive en el servicio gozoso a aquella que, sin haberla llamado, sabe que la necesita.

Lucas se detiene con fruición en el encuentro emocionado y efusivo de las dos mujeres, en las palabras de saludo que intercambian y, sobre todo, en lo que acontece en sus entrañas portadoras de una nueva vida: “Tan pronto como tu saludo sonó en mis oídos, el niño saltó de alegría en mi seno”. El Espíritu Santo, que “cubrió (a María) con su sombra” iluminando su maternidad, ahora se hace presente en Isabel: “llena del Espíritu Santo, exclamó a grandes voces: ¡bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!”. Es lo que rezamos en el “Ave María”. María resultó la primera evangelizadora: su presencia solidaria, la preocupación y el cuidado por quien se encuentra en situación de fragilidad es ya anuncio evangelizador que hace presente la cercanía salvífica del Señor. Me hace recordar lo que un grupo de catequistas de mi parroquia solía realizar en la mañana de Navidad: salían a recorrer algunas calles de Lima llevando un poquito de alimentos (chocolate caliente y panetón), y sobre todo conversando con mucho cariño con las personas que encuentran abandonadas y solitarias. Salir de uno mismo al encuentro y cuidado de la persona o del grupo social desvalido tiene una densidad salvífica y evangelizadora. Lo aprendemos del testimonio sencillo de María.

Isabel culmina su alborozo gritando: “¡Feliz tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”. Quizá quiere aludir al contraste con la actitud reticente de Zacarías, su esposo, cuando se le anunció el futuro nacimiento de su hijo Juan (Lc.1,18-20). María mujer creyente, no ingenua; ha preguntado, sí, para que su adhesión fuera más plena y comprometida, pero ha confiado y se ha entregado sin reserva –“he aquí la esclava del Señor”- a la palabra y a la acción de Dios en ella. Su fe la mantendrá siempre ligada como madre y discípula, fiel y activa, a la misión de Jesús. Contemplativa y feliz en los días del nacimiento en Belén, y sorprendida ante las primeras decisiones autónomas del adolescente Jesús (Lc.2,1-52); atenta, cercana, y desconcertada ante los primeros pasos y palabras del profeta de Nazaret: “mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica” (Lc. 8,22)”; presente, y con iniciativa, en “el primer signo” de Jesús, en Caná de Galilea (Jn,2,11), así como en el último y definitivo: su entrega hasta la muerte en el Gólgota (Jn. 19,25-27). Finalmente la descubrimos presente entre los discípulos y las discípulas reunidos en Jerusalén

(Hech.1,14), quienes el día de Pentecostés recibieron el Espíritu Santo y salieron a predicar, inaugurando el tiempo de la Iglesia (Hech. 2,1ss).

La celebración de Navidad hay que situarla en el marco de la historia de la salvación: “cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de una mujer... para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Gal. 4,4-5) y en el contexto de la misión del Jesús adulto, del que nos queremos discípulos. La presencia de María, madre y discípula de Jesús, nos indica el camino en este último domingo del adviento.

La lectura de Miqueas, profeta en los difíciles tiempos del siglo octavo, además de su mención a Belén, que será retomada en los relatos de la infancia como lugar del nacimiento de Jesús, nos deja otro apunte significativo: “El mismo será la paz”. En las afueras de Belén se anunció a los pastores: “Paz en la tierra a los hombres en quienes él se complace” (Lc. 2,14). Navidad nos trae pensamientos de paz, que necesitamos hacer realidad en los diversos ámbitos: familiar, nacional, internacional, en nuestro mundo.

La lectura de Hebreos, siempre en su preocupación por esclarecer el misterio de Jesús como salvador, y retomando palabras del salmo 40, hace hincapié en su condición humana -“me has dado un cuerpo”- entregada “para hacer tu voluntad”. Es verdad que esa entrega culmina en la muerte, pero es la cotidianidad de su vida entregada la que alcanza su plena dimensión salvífica. Navidad no se agota en la celebración del nacimiento, nos encamina hacia el sentido que Jesús dio a toda su vida: “hacer tu voluntad”, que no es otra que una humanidad fraterna de personas a las que Dios ama.

Aprovechemos estos últimos días de Adviento para acoger de nuevo al Señor Jesús y su mensaje en este tiempo aun tan sombrío, de problemas de salud y hambre, de desigualdades y de enfrentamientos, pero también de esperanzas y de gestos de solidaridad. Como María, madre y discípula, intentemos conjugar la contemplación del misterio y la salida solidaria hacia las personas relegadas y olvidadas.